



## CAPÍTULO IV

Disentimientos entre Montholon y Gourgaud. — Cruce de cartas entre los dos generales. — Intervención del Emperador. — Lo que le dijo Gourgaud al Emperador. — Versión del marqués de Montchenu sobre este incidente. — Sus conversaciones con el general. — Napoleón envía 12.000 francos á Gourgaud en el momento de su partida. — Quebranto de la salud del Emperador. — Muerte de Cipriani. — Palabras de Napoleón acerca de María Luisa. — Dimisión del doctor O'Meara. — Pormenores sobre Gourgaud. — Motivos de la dimisión de O'Meara. — Napoleón y el pastor Boësse. — Hudson Lowe.

Los comienzos del año 1818 apesadumbraron vivamente al Emperador. Ya dijimos que los moradores de Longwood vivían en reciproca molestia. Las privaciones y duración del destierro agriaban el carácter de los generales, que se enorgullecían de una mirada de Napoleón, y vituperaban á sus compañeros de soledad el más mínimo y pasajero favor de que eran objeto. El más celoso é irascible era Gourgaud, quien, desde su llegada á la isla, se había enemistado con Montholon, cuyos cuidados estimaba particularmente el Emperador, sobre todo desde la marcha de Las Cases, y que casi siempre le servía de secretario. Gourgaud se resintió hasta el extremo de retar á Montholon, sin parar mientes en el escándalo que había de mover esta provocación en una isla cuyos habitantes no apartaban los ojos de Longwood.

La carta que envió á Montholon decía así (1):

«Había ya echado en olvido vuestros antiguos agravios, y los había perdonado, con esperanza de que modificaríais vuestra actitud. Me engañé. Parecéis destinado á perjudicarme en todo. Antes de que estuvierais junto al Emperador, me hallaba yo bien con él; desde que estáis, me hallo mal. Sois la causa de los malos tratos que me inflige, y tales han llegado á ser, que ya no me es posible soportarlos sin deshonra. Vos sois el autor de todas mis desgracias. Os pido satisfacción de ello. Creo que sabréis por qué he esperado hasta hoy. Por lo que he sufrido se podrá apreciar mi adhesión al Emperador.

»Habíais creído vencer al obligarme á la dura resolución de partir. Habíais creído que mi marcha se atribuiría á la falta del valor necesario para soportar mi situación. Habíais creído que esto acrecentaría vuestros méritos. Os quedáis vos, cuyo es el buen trato. Preciso es que os desengañe.

»Me veo forzado á separarme del Emperador, por quien me he sacrificado toda la vida, por quien renuncié á todo y todo lo he perdido; pero no partiré sin vengarme del éxito de vuestras intrigas y artimañas, so pena de morir á vuestras manos, de manera más honrosa y más digna de un hombre valeroso que la empleada por vos hasta ahora. Cualquiera que sea mi suerte, tendré la estimación de toda persona honrada. ¡Ahí tenéis, caballero, cómo deseo marchar de Longwood!— *General Gourgaud.*

»P. S.—Aunque me corresponde escoger las armas, os cedo esta ventaja; pero en vista de las circunstancias en que nos encontramos, me parece necesario concertarnos sobre los demás pormenores. Por lo tanto, os ruego me digáis dónde podemos avistarnos para el caso.»

Montholon no recibió esta carta hasta las cinco de la tarde, é inmediatamente la mandó sin abrirla al Emperador (2). A las diez de la noche se le mandó á Gourgaud la siguiente respuesta:

«Caballero: He recibido vuestra carta. Desde hace diez y ocho meses nos estamos provocando mutuamente. Noticioso de ello el

(1) 4 de Febrero de 1818.— *Negocios extranjeros*, t. 1.804, fol. 295.

(2) Al leerla, exclamó Napoleón: «¡Pero este hombre está loco! ¡Será preciso detenerle!» Carta del marqués de Montchenu, p. 296.

Emperador, me ha exigido palabra de no aceptar reto alguno mientras esté á su lado. Efectivamente; un duelo entre nosotros escandalizaría en extremo y agravaría la situación del Emperador. En otras circunstancias, cuando no esté obligado á mis deberes, aceptaré vuestro reto.— *Conde de Montholon.*»

Esta respuesta no satisfizo á Gourgaud, quien replicó inmediatamente:

«Caballero: Me parece que si en verdad os ha exigido el Emperador palabra de no aceptar reto alguno, también debe de haberos exigido la de portaros como un hombre honrado, pues habréis de confesar que hubiera sido cobardía obrar según hicisteis conmigo, creyendo que nada habíais de temer. Os ruego que reflexionéis sobre el daño que me habéis causado. ¡Habláis de escándalo! ¿Por qué lo provocáis?— *Gourgaud.*»

Después de esta carta reiteró Gourgaud la petición de entrevista, diciendo varias veces en público «que cruzaría á latigazos la cara de Montholon si se negaba á su propuesta». No le quedaba al Emperador otro remedio que interponer su autoridad, y deseoso de evitar el rompimiento, prefirió separarse de un compañero y disminuir el número de sus familiares, por lo que notificó á Gourgaud la necesidad de salir de Santa Elena. Sin embargo, para cubrir las apariencias y cohonestar la partida, mandó á Gourgaud que escribiese al gobernador la carta siguiente:

«Señor general: Desde la grave enfermedad que sufrí hace dos años, quedó más ó menos quebrantada mi salud. A menudo me he visto aquejado de nuevos ataques de disentería y hepatitis. A estas dolencias físicas se han añadido otras de carácter moral, pues he sufrido graves pesares, cuya fatal influencia ha minado la poca salud que me quedaba, hasta el punto de verme en la precisión de rogaros que me facilitéis el regreso á Europa, donde los aires nativos y los cuidados de la familia aliviarán mis dolencias.

»Me atrevo á esperar que tendréis de mi suficiente buen concepto para creer que muy poderosos motivos me determinan á obrar de esta suerte.

»Os agradecería que, entretanto llega la hora de embarcar, me proporcionarais alojamiento fuera de Longwood. Creo que el cambio de aires me sentaría bien.— *General Gourgaud.*»

No se le escaparon á Hudson Lowe los verdaderos motivos de esta resolución, y dispuesto á facilitar el alejamiento de un hombre que tan adicto era al Emperador, alquiló para el general una casita de campo cerca de *Plantation-House*, y lo instaló allí bajo la vigilancia del oficial Jackson, con la consigna de no perderle de vista ni un instante, pero sin traba alguna para que viviera á su gusto.

Asegura Montchenu que cuando Gourgaud se despidió del Emperador, le dijo éste: «Si las circunstancias me restituyen algún día á Francia, os llamaré y no daré al olvido vuestros servicios.» A lo que Gourgaud respondió: «Iré delante de vos, pero con un fusil de dos cañones para saltaros la tapa de los sesos.» Sin embargo, semejante lenguaje hubiera sido monstruoso en boca de un hombre que de doce años atrás era ayudante de órdenes del Emperador, y á quien debía la carrera, y á quien con tal idolatría veneraba, que todo lo había sacrificado para acompañarle en el destierro. La insolencia que á Gourgaud atribuye Montchenu, tan sólo se explicaría en un momentáneo acceso de locura; pero no sucedió así, y hemos de creer que Gourgaud no pronunció las palabras que en su boca pone la malquerencia del marqués de Montchenu, siempre pronto á derramar cuantas voces de escándalo resonaran en Longwood. Prueba lo falso de tamaña imputación, la conmovedora y melancólica carta con que Gourgaud se despidió del Emperador:

«Señor: Muy dolorosos sentimientos me sobrecogen en el instante de partir. Todo lo olvido, y sólo me acuerdo de que voy á separarme para siempre de quien hasta ahora estuvo consagrada mi existencia. Esta idea me conturba. Únicamente puede consolarme el convencimiento de que jamás falté á mi deber. Me rindo á la fatalidad. Pero en mi infortunio, me atrevo á esperar, Señor, que no echaréis en completo olvido mis servicios y mi adhesión, que apreciaréis justamente mis sentimientos y los motivos de mi partida, y que, en fin, si perdí vuestra benevolencia, conservo todavía vuestra estimación.

»Dignaos, Señor, aceptar mi despedida, con el deseo de que seáis dichoso. Compadeced mi suerte, y al acordaros alguna vez de mí, diga V. M.: Al menos ese tenía buen corazón.—*Gourgaud.*»

¿Habría así un hombre que la víspera hubiese amenazado á su soberano con saltarle la tapa de los sesos el día de mañana?

Por otra parte, la respuesta de Napoleón no denota animosidad alguna hacia su antiguo ayudante de órdenes. Muy al contrario; está redactada en términos que alejan toda sospecha de disintimiento, pues el Emperador finge tomar por bueno el pretexto de salud quebrantada que le ha dado para marchar de la isla. He aquí la carta:

«Señor barón de Gourgaud: Os agradezco los sentimientos que me demostráis en vuestra carta de ayer. Deploro que la afección hepática, tan fácil de exacerbar en este clima, exija vuestra marcha. Sois joven, tenéis talento y os espera larga carrera, que deseo sea feliz. No dudéis jamás del interés que me inspiráis.—*Napoleón.*»

Durante algún tiempo se creyó en la isla que el rompimiento entre Montholon y Gourgaud era fingido, y que la partida del segundo tenía por encubierto fin el envío á Europa de un emisario con encargos secretos. Este rumor no tenía fundamento alguno, y es probable que si el Emperador hubiese tratado de mandar á Francia un hombre capaz de agrupar en su torno á los imperialistas, no escogiera de seguro al general Gourgaud, que no tenía ninguna de las condiciones necesarias para ser jefe de partido, pues no basta el arrojío personal para sublevar á un pueblo.

Montchenu da del incidente Gourgaud una versión que por inverosímil vale la pena de referir:

«Gourgaud había, desde tiempo atrás, concitado los odios de Montholon, y aunque éste último se había también enemistado con Bertrand, acabó por convencerle de que el medio más seguro para levantar voces y cohonestar las quejas de sus amigos contra el supuesto mal trato que se les daba, era *comprometer á uno de ellos á duelo mortal*. La debilidad de carácter de Gourgaud le pareció admirable para el caso, pues hacía tiempo que andaba resentido por el desvío de su amo. Estaba enteramente enemistado con la familia Montholon, y sólo se trataba con la de Bertrand. Siempre que se lamentaba

de su suerte, le decía Bertrand como al descuido: «Cuando uno es desgraciado de veras y no tiene familia... ¡basta el gatillo de una pistola!...» Después de repetir varias veces esta frase sin que nada replicara Gourgaud, le creyeron dispuesto á batirse, y entonces le mandó llamar Bonaparte una mañana, so pretexto de dilucidar un punto de matemáticas, para hablarle luego con acento dulzón y en tono de lástima, hasta que ya conmovido Gourgaud, acabó por decirle su amo: «Todos somos aquí muy desgraciados... Creo que hallaríais un medio noble de salir de penas.» Titubeó un momento, y añadió al fin: «¡Un pistoletazo concluye muchas cosas!»

»Gourgaud replicó al instante: «Sí, señor; todos somos desgraciados. Nuestra suerte es común, y conviene acabar con ella juntos y de suave manera. Para ello propongo que nos retiremos todos al aposento de V. M., y luego de bien cerradas las puertas y ventanas, mandemos que nos traigan mucho champaña. Encenderemos un enorme brasero en medio de la estancia, beberemos hasta la embriaguez y nos asfixiaremos juntos.» La réplica no satisfizo á Bonaparte, quien se volvió de espaldas sin hablar más del asunto.

»... Bonaparte le dijo varias veces á Gourgaud: «Estáis muy cambiado. Temo por vuestra cabeza.» En fin, un día le dijo en tono más serio: «Querido Gourgaud, id con cuidado, si acaso es tiempo todavía. Os advierto que tenéis la cabeza trastocada.» Y después el consejo de costumbre...

»Falló el golpe, con gran disgusto por su parte, pues todos los amigos, y sobre todo los de la oposición, hubieran dicho:—¡Ahí tenéis cómo los tratan! Gourgaud, el animoso é intrépido en la guerra, no ha podido soportar los ultrajes que se les infieren y ha preferido saltarse la tapa de los sesos.—Esta muerte hubiera causado seguramente mucho efecto.»

Durante el período transcurrido entre el momento en que el general Gourgaud se separó del Emperador y el de su embarque para el continente, tuvo frecuentes ocasiones de conversar con los comisarios extranjeros. Lejos de oponerse el gobernador á estas entrevistas, las favoreció de propósito, y el marqués de Montchenu se aprovechó de ellas para adquirir nuevos pormenores sobre Napoleón. Había redactado una especie de cuestionario, con que interrogó al general